

TARDE DE FEBRERO

Hace muy buena tarde para ser finales de febrero y apetece dar un paseo después de comer. Salimos con Erber, Jesús y la perra Concha por el camino de la Fuente vieja, hacia la Ferrerica, hace abrigo y en este tiempo es muy agradable.

La tierra está fresca, los sembraos bien nacidos se cubren de un verde vivo de miles de pequeñas matas que se ven crecer entre el frío de las noches y el sol de febrero que ya empieza a calentar, las almendreras ya están florecidas, también los romeros y los abozos empiezan a romper la tierra.

“Mira Honorio en el huerto”, dice mi padre señalando al Azute, miro y me río, siempre me pillan, parece mentira que aún no lo conozca. Habíamos hablado en la comida que Laura había venido de Sevilla a pasar unos días y hoy iban a celebrar su cumpleaños comiendo fuera.

Pasadas las carrascas Erber se queda un poco retrasado, marcha tu, me dice, que nosotros nos cruzamos por el campo nuestro y saldremos luego a la carretera por la faja el puente. Se queja de que las piernas ya no le siguen como antes, los años no pasan en balde. Como le dice Jesús de Andresico, cuando a la vuelta nos los encontramos por la carretera de Piedratajada, “es que ya no tienes 16, Erber”.

Sigo adelante sola por el camino de los Aguerales, la alberca de Mabil, hasta el corral de Fabio. El cielo de un azul intenso y luminoso, solo atravesado por las estelas de los aviones, no se ve una nube en todo el mundo, una perdiz canta buscando compañía en la ladera de enfrente.

Impresionante silencio tras el que se siente y casi se puede oír la vida fluyendo tranquila, y que me lleva a pensar en la vida que hay hoy, en la que hubo y en la que le puede esperar a estas tierras. Una peculiar soledad en la que no me siento sola, sino con todos los recuerdos de un paisaje vivido y de todas las historias escuchadas muchas veces, de estos campos, estos corrales y estos caminos.

El corral de Fabio, la paridera con las paredes revocadas pero con un tejado hundido que no consigue soportar el paso del tiempo. Pienso en los que trabajaron estos campos, levantaron paredes, limpiaron acequias, sembraron y segaron a mano, trillaron en la esta era, o durmieron en el corral. Y pienso que tampoco hace tanto tiempo de esto, aunque nos quede tan lejano, fue la generación de nuestros abuelos, incluso la de nuestros padres.

Sin ir tan atrás mis recuerdos con Eugenio y las ovejas o de otros paseos por estos caminos. Mucha vida, muchas vidas y ahora otra diferente. Afortunadamente los trabajos del campo se hacen en menos tiempo, pero por contra hay menos vida en el monte y tampoco quedan rebaños. Ya no se oyen las esquilas de las cabras, o a los pastores llamando a los perros.

Señales más recientes me hablan de esa otra vida, las marcas de colores pintadas en las piedras del camino de los Aguerales o los hitos de piedra que levanta Francisco no se muy bien con que significado, le preguntaré. Se pueden ver en muchos lugares junto a los senderos, hechos por los caminantes con muy diferentes formas para orientar al viajero, protegerlo, realizar una ofrenda...

Continuo ya camino de vuelta hacia la carretera, mas adelante cojo la cabañera hacia el campo de futbol, y al poco otra senda a la izquierda que me trae otros recuerdos, otros paseos, unas pocas almendreras en el canto del campo me acerco a un romero florecido, cuidado salen abejetas.

Suena el reloj de la torre, solo oigo las últimas campanadas, no sé qué hora es, me paro a escuchar la repetición, y cuento una, dos, tres, cuatro y cinco campanadas. Como me gusta escucharlo, es otra buena sensación que no se explica muy bien, a veces cuando voy hacia la Melera escucho uno detrás de otro el reloj de Lacorvilla y luego el de Valpalmas. En el monte te olvidas del tiempo, que pasa de otra forma, las campanas me devuelven al presente.



A lo lejos oigo a Jesús llamar a la perra “ma Concha”, no tiene la seguridad de que vaya a volver y no le gusta que se vaya muy lejos. Voy a su encuentro, por el canto de la viña el Sastre, hay mucho rastro de jabalís, cruzo el terrero por el paso que dejan. Vuelvo por la Ferrerica y salgo a carretera de Piedratajada, Erber me cuenta que ha estado un rato sentado en la pajera, y que la perra aún ha sacado un conejo. Se queja de que no hay nada en el monte.

Ya en casa pienso que podría escribir algo sobre este paseo para la revista. Salgo a la plaza y me siento en la pila junto a la pared de casa el Carpintero buscando los últimos rayos de sol. Parece que no pasa nadie por la calle, ni un alma, pero en poco rato, nos juntamos Tomasa que va a casa de Ester, Luis que se va a estar un rato con Milagros y Dora que sale a pasear al perro.

Charramos un poco de la poca gente que estamos, sobre todo en invierno, Tomasa cuenta lo triste que es la solead, y como todo cambia cuando están sus hijos y nietos. Recordamos otros tiempos con mas vida, les cuento mi recuerdo de Antonio el parricero, que antes de marchar a Barcelona pasaba todas las noches a casa, se sentaba en la cadiera mientras cenábamos y luego nos daba una buena conversación; cuanto lo recuerda mi madre, su buena cabeza, que buena conversación tenía.

Al final muchas sensaciones, por la paz, la inmensidad de la naturaleza, los colores y olores, el calor agradable del final del invierno, la luz, el silencio, la compañía, los recuerdos, las historias escuchadas... sensación de vida, pero de una vida que languidece, que poco a poco se nos acaba.

Estos días veo programas de TV que hablan de la despoblación, leo “ La España vacía, viaje por el país que nunca fue” de Sergio del Molino, hablan de la despoblación, de cómo el mundo rural ha sido visto desde lo urbano con desconfianza y hasta desprecio y ahora cuando ya parece imposible revertir la tendencia de una España llena y una España vacía, los estudiosos, los políticos y otros muchos empiezan a hablar de esta realidad.

Parece difícil romper esta inercia pero al menos ya se está tomando conciencia de la peculiaridad de la España rural, por algo se empieza.

Valpalmas, febrero 2017

Ana M^a Beamonte